

La Puerta de Albequa

Victor M. Marrero Fernández

Apenas quedaba tiempo.

El anciano cerró el cilindro de cristal. Había necesitado casi tres horas para redactar la carta que había dentro.

Envolvió el cilindro en un paño y fue hasta el hueco del suelo. Introdujo el cilindro, cerró la trampilla y devolvió a su lugar las alfombras que la ocultaban.

En el exterior el cielo era un grito. El viento había comenzado a deshacer el mundo. Hervían las piedras centenarias de la pared. La puerta, histérica, se desquiciaba en el marco.

Volvió despacio hasta la única silla de la estancia, exhausto. Le fatigó flexionar las rodillas, sentarse, alcanzar el respaldo. Necesitó recuperar la respiración.

– Demasiado tarde –dijo al fin, aunque nadie escuchaba–, llegáis demasiado tarde. No la encontraréis.

Su voz estaba vacía de miedo; había tenido cincuenta años para prepararse. Cerró los párpados y ofreció una plegaria. Sabía que se había quedado sin fuerzas.

Y sin tiempo.

El viento desarraigó la puerta y embistió como un ejército.

Capítulo 1

Una carta y una fotografía

No la esperaban hasta unos días más tarde.

El sobre era de color sepia, y en la esquina superior derecha aparecía impreso el escudo del colegio, un emblema granate y dorado. El nombre de la Academia Rippoli, en letras blancas, coronaba la insignia formando un arco.

Baldo estaba colocando la compra en los estantes de la cocina. Vio que su madre, todavía sorprendida, sostenía la carta ante ella.

– Vaya, sí que se han dado prisa este curso –se lamentó. Suspiró un momento, y sonrió de medio lado–. Creo que se me han acabado las vacaciones.

– ¿Tan seguro estás? –preguntó ella.

Baldo asintió en silencio.

– Bueno, no lo sabremos si no la abrimos.

Sonia rasgó el sobre y extrajo dos folios doblados. El primero contenía una breve carta de saludo que no se molestó en leer, porque todos los cursos decía lo mismo. El segundo contenía la lista de las calificaciones finales de Baldo. La leyó rápidamente.

– Tres –dijo Sonia sin alterarse–, Matemáticas, Ciencias Sociales y Ortografía. Las demás están muy bien. Has sacado un notable en Historia.

Baldo no separó los labios. Enfadado, cruzó los brazos y arrugó la frente. Nunca había sido buen

estudiante, pero hasta medio minuto antes podía decir que se las había ingeniado para ir aprobando los cursos. Seguía sin comprender por qué durante el último año había empezado a suspender exámenes. Hasta el último día de clase se había esforzado en recuperarlos, pero la carta confirmaba lo que, en realidad, ya sabía. Por primera vez afrontaba un verano estudiando.

– Tranquilo, hijo, no es el fin del mundo –aseguró con calma su madre.

Baldo entrecerró los ojos, apenas un poco. No era dureza la de su mirada, sino desconcierto. Había esperado una escena, un enfado mayor, pero su madre le sorprendía con una sonrisa serena.

– Me extraña que estés tan tranquila –dijo él, desconfiado–, ¿no te das cuenta de lo que significa esto?

Ella rió.

– Claro que me doy cuenta, hijo –aseguró–, y en el fondo me alegro de ver que te enfadas. Es bueno saber que tienes amor propio.

– Vale, estupendo –dijo él, irónico–, pero el amor propio por sí sólo no me va a ayudar a recuperar en septiembre.

– No, en eso llevas razón –concedió Sonia–, para aprobar vas a tener que estudiar.

– ¿Estudiar? ¿Y qué crees que he estado haciendo durante el curso? No lo entiendo, he pasado más horas que nunca delante de los libros, y mira lo que he conseguido...

– Lo que has conseguido –opinó Sonia– ha sido aprobar todas las asignaturas menos tres. Así es como tienes que verlo. Es cierto que nunca habías suspendido, ya lo sé, y también es cierto que te has esforzado mucho durante el curso. Comprendo que estés enfadado, pero no debes hacer un mundo de esto; no eres el primer estudiante que suspende, ni serás el último.

– Me gustaría saber en qué he fallado –dijo él–. Si vuelvo a estudiar de la misma manera durante el verano, en septiembre volveré a suspender.

– En eso también tienes razón. ¿Ves?, ahora estás empezando a pensar de manera práctica. Está claro que no se trata de cuánto estudies, sino de cómo estudies. Intentaremos averiguar por qué no se te quedan las cosas en la cabeza y trataremos de corregirlo. No te preocupes, ya verás como al final se nos ocurre algo.

Baldo sonrió sin demasiadas ganas. Estudiar en verano significaba poco menos que un castigo. Un castigo que él no creía merecer. Por otro lado, se alegraba de la sorprendente tranquilidad con que su madre había recibido la carta. Tenía razón: no debía hacer un mundo.

En silencio, terminó de colocar la compra.

Baldo descolgó la correa del perchero y la agitó un par de veces. Un cocker spaniel de pelo marrón respondió al tintineo. Cruzó la puerta de la cocina a toda velocidad, corrió por el pasillo y alcanzó las piernas del chico. Dio varias vueltas en torno suyo con las orejas levantadas, moviendo la cola con desespero.

– Vale, vale, ya vamos –dijo Baldo en voz alta. Se puso en cuclillas para enganchar la trabilla metálica al collar del perro-. ¡Mamá, voy a sacar a pasear a Terri! – gritó en dirección a la habitación del fondo del pasillo.

Se oyó el ruido de una silla desplazada, y enseguida apareció Sonia en la puerta del despacho.

– ¿Vas a tardar mucho? –preguntó, empujando las gafas para colocarlas bien.

– A lo mejor –contestó Baldo–, creo que me acercaré a la plaza para ver si me encuentro con los chicos.

– De acuerdo, pero quiero que vuelvas antes de las nueve, ¿vale?

– Vale. Como voy con Terri seguramente no me quede hasta tan tarde, tengo que estar todo el rato pendiente de él porque no se está quieto. ¿Y tú, vas a salir?

Ella se acercó desde el fondo del pasillo, se agachó

junto al cocker y comenzó a rascarle la papada.

– Seguramente. Estoy trabajando en unos cuentos que me tienen agotada, así que más tarde es probable que salga a pasear un rato, a ver si me despejo.

– Vale, entonces nos vemos esta noche –dijo él.

Baldo y Terri salieron del piso. Sonia fue a la cocina y preparó una cafetera. Mientras la estancia iba llenándose del agradable olor a café se frotó los ojos, cansados de tanta lectura. Luego volvió a su despacho y se sentó frente al ordenador.

En cuatro horas produjo página y media. Le costó todo el café, varios paseos por el despacho y un monólogo contra el oficio de escribir. Continuar, a falta de concentración, era cansarse inútilmente. Marcaban las siete cuando aceptó la derrota.

– Lo siento, querido, pero hasta aquí hemos llegado –dijo en voz alta, mirando a la pantalla del portátil–. Me voy a la calle. Necesito vida.

Apagó el ordenador, fue hasta su habitación y sacó del armario un suéter ligero que ató a la cintura. Luego cogió las llaves y el teléfono móvil, y salió del piso. En cuanto comenzó a pasear hacia el centro se sintió mejor; el aire y la luz apartaron de su mente el cuento sin terminar y el zumbido del ordenador.

La plaza donde Baldo había ido a encontrarse con sus amigos no estaba lejos. Por un momento pensó en acercarse con discreción y observarlos, pero enseguida se deshizo de la idea. Le preocupaba un poco que Baldo nunca le hubiese querido presentar a sus nuevos amigos, y se preguntaba hasta qué punto ellos podían haber influido en su bajo rendimiento. Aún así decidió que era mejor no hacer nada a escondidas. Baldo necesitaba de toda su ayuda, y ella no quería debilitar su confianza, así que contuvo el impulso y continuó caminando.

El paseo le limpió las ideas. Enseguida comprendió que su falta de concentración nacía de la carta con los suspensos. Su subconsciente, sin duda, había estado trabajando en la recuperación de septiembre.

“Supongo que es normal”, pensó, “esto es nuevo para los dos. Él nunca ha suspendido, y yo nunca he tenido que ayudarlo a estudiar en verano. Además llega en el peor momento. A los catorce años un chico ya experimenta suficientes cambios. Esto no va a ser fácil, habrá que pensar algo”.

Tardó cuarenta minutos en llegar a Daenead. Su librería favorita llevaba abierta más de doscientos años, y era enorme. Muchas de las cansadas estanterías de madera anunciaban un derrumbe inminente, pero aún así le encantaba ir cada vez que podía, perderse por los pasillos y curiosear.

Se plantó en la zona de novelas, pero enseguida cambió de opinión. Necesitaba un itinerario distinto, contradecir su costumbre y vagar por otros pasillos en busca de ideas que no fueran las de siempre. Subió a la primera planta y deambuló sin orden, leyó títulos al azar y se dejó atraer por las cubiertas de colores y los libros de gran formato.

La luz moría.

Las motas de polvo se revelaban en la claridad dorada. Flotaban tranquilas, como astronautas. Nacían caminos de luz entre los resquicios de los libros. Sin saber muy bien por qué, sonrió.

Inspiró hondo, muy hondo, y después dejó que el aire saliera despacio. Apaciguó su respiración y se detuvo frente a una de las ventanas. Cerró los ojos y recogió el último calor antes de la noche.

Se sentía mejor, mucho mejor.

Abrió los párpados y vio el color del fuego que anuncia el final del día. Los lomos de los libros que había tras ella se encendieron como madera incandescente. Se acercó y descubrió viejos libros de fotos.

Docenas de ellos.

“Animales salvajes”, “Los habitantes del alto Atlas”, “Historia de la percusión”.

“Faros”.

Se detuvo.

El último título le había hecho cosquillas en la memoria. Estiró el brazo y rescató el libro. Perduraba con intensidad el olor de la piel marrón del encuadernado. Sopló el polvo de años y pasó la yema de los dedos sobre el relieve de las letras. La primera página era para la foto de un hermoso faro en un islote diminuto, apenas un bajío, embestido por olas potentes que provocaban salpiacaduras y reflujos de vértigo. El ojo del fotógrafo era la furia congelada del océano. Más páginas y más faros. Altos. A bandas rojas y blancas. En acantilados de caliza. Ancestrales, a medio derruir.

Y supo, sin dudar, que lo encontraría, que estaría agazapado entre las hojas. Apareció hacia la mitad. Oscuro, rudo y majestuoso, como ella lo recordaba.

El faro de la isla Lumia.